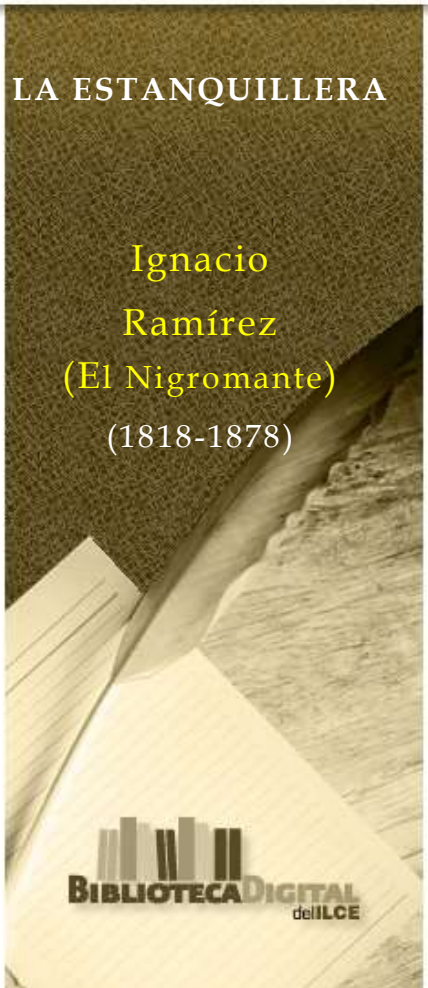
Literatura hispanoamericana

LA ESTANQUILLERA

Ignacio
Ramírez
(El Nigromante)
(1818-1878)



BIBLIOTECA DIGITAL del ILCE

LA ESTANQUILLERA

Ignacio Ramírez
(El Nigromante)
(1818-1879)

Nota:
Este gran político y escritor mexicano es el fundador de la *BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO*, por este motivo, la *BIBLIOTECA DIGITAL. ILCE,* como una muestra de respeto a tan ilustre intelectual, presenta un cuento suyo tomado de *Los mexicanos pintados por sí mismos.*

LA ESTANQUILLERA

Ignacio Ramírez

Mulier formosa superne.

Horacio

¡He aquí un tipo verdaderamente nacional! La vendedora por menor de puros, de cigarros y de los otros artículos que producen las rentas estancadas, es hija del monopolio; y la hemos visto agotarse y degenerar bajo la libertad del tabaco: su alimento le viene de Orizaba. La piedra de un litógrafo la ha cantado, y procurará retratarla nuestra pluma. A Flora se le consagraba el aroma de las flores, que ella misma cultivaba; hermosa estanquillera dame una cajilla de puros para que pueda

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

yo presentarte al público en tu santuario, envuelta con el humo fragante de tus mismos pebeteros.

La verdadera estanquillera debe ser joven, hermosa y decente; con su juventud conquista el puesto que ocupa; con su hermosura aumenta el número de los marchantes; y la *decencia* de su cuna, es una garantía de que no se ocupará en ninguna faena doméstica, y de que enteramente se entregará al cumplimiento de su augusta misión, que es la venta del tabaco. Ave de paso se ha detenido en el estanquillo para emprender de nuevo su vuelo hacia una elevada esfera; por eso en su domicilio, ausente la dueña, nada revela que una mujer lo ha habitado; el hogar no conserva la huella del fuego; los utensilios de cocina jamás han adornado aquellos muros; ninguna aguja se esconde entre las hendiduras de los ladrillos; la estanquillera come del bodegón, y compra sus trajes en las tiendas de los empeños: la estanquillera no es mujer de su casa, sino del estanquillo.

La estanquillera vestiría como una princesa si sus recursos correspondieran a sus recuerdos y a sus aspiraciones; amiga del lujo, ha conciliado su elegancia con sus escaseces; dos veces al día sujeta su sedoso pelo a los caprichos de la moda; mucho es que tenga una camisa, pero no le faltan tres mascadas, que alternativamente y con estudiado abandono, cubren sus hombros y ciñen la base torneada de su blanco cuello; la parte superior de su túnica siempre es nueva y está limpia; el resto de su traje es el testimonio de su miseria; pero ¿qué importa?, el complaciente mostrador se encuentra firme delante de ella para cubrir las

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

faltas voluntarias y forzosas de la presumida hermosura. La estanquillera como la tierra, tiene perpetuamente la mitad de su cuerpo en las sombras de la noche, y la otra mitad coronada por la luz del día; es una planta cubierta de flores, pero que arrancada de su terreno descubre raíces descoloridas y barrosas; es, en fin, una sirena mitad diosa y mitad pescado, pero gracias al cielo, pasándola por un baño y por la casa de una modista, fácilmente se despoja de sus repugnantes escamas.

Ninguna mujer más sociable que la estanquillera; una parvada de colegiales le canta la alborada al nacer el día; después llegan en comunidad los felices habitantes del convento cercano; más tarde se presenta su padrino, empleado en la renta, que se complace en pasear siempre con un séquito de oficiales y escribientes; a la mitad del día la visitan los vecinos tenderos; por la tarde los militares; de noche todo el mundo. La estanquillera sostiene la conversación con todos los tertulianos, despacha a todos los marchantes, dirige miradas a los tímidos admiradores, que por contemplarla frecuentan su calle; observa cuidadosamente lo que pasa en las habitaciones fronterizas, medita sobre lo pasado, y teniendo así dividida su atención, puede ocupar su fantasía en abrirse un sendero regado con miel y adornado con rosas, por entre la aridez y fragosidad de su porvenir oscuro.

Presume de comprender y hablar el lenguaje de todos; ¿recibe de un oficinista una carta amorosa extendida en papel breveteado? Ella forma de su contestación una parodia en estos términos: "Estanquillo nacional de puros y cigarros, núm... señor

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

don..." ¿Murmure algún fray Diego de algún fray Agustín? Ella manifiesta que en ese mismo día ha visto a fray Agustín en el púlpito predicando un mal sermón, y que mientras el pobre pedía gracia al cielo para continuar, el auditorio le hizo justicia dejándolo solo. ¿Le habla en latín un colegial? Ella le contesta con la letanía. ¿Para qué hablar de sus pagarés de amor extendidos en favor de los comerciantes que despelleja, ni de sus conversaciones picarescas con los militares, ni de sus pullas a ciertos viejos capitalistas que antes que en el valle de Josafat, disfrutan en el estanquillo algunas escenas de la resurrección de la carne? Claro es que la estanquillera seduce siempre que habla, pues la brisa que forma su aliento, se baña en el perfume que despiden sus labios de clavel.

Una estanquillera que consigue verse en brazos de la fama por su juventud y hermosura, divide la población en apasionados que son todos los varones, y en enemigos que son todas las mujeres; pero de las que recibe guerra tenaz y continua, es de sus vecinas, de las cuales se venga con sangrientas represalias. Sus rivales murmurándola aumentan la celebridad que disfruta, y mientras más altas son, la ennoblecen elevándola con las miradas que le dirigen hasta la esfera donde acaso súbitamente la verán reinar sobre ellas. La mantenedora de la liza en tanto, hiere al diestro y siniestro, y en cada golpe derriba una reputación, desbarata una boda, emborrasca un matrimonio. ¡Qué placer es oírla! Ella conoce el mundo, el corazón humano, las debilidades de su sexo, y sobre todo, conoce la crónica secreta de su barrio. Su ciencia se funda en inducciones, es verdad, pero en inducciones tan lógicas y seguras como las de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

aquel que dijo: "¿La costurera de enfrente, tiene pies bonitos?, *ergo* yo debo hacerme dos docenas de camisas. Así, la estanquillera sabe que doña Rita fuma de a doce finos, y su esposo el banquero los acostumbra habanos; pero observa que por las noches, después que entra un español de visita, una sirviente que no fuma, sale a comprar puros del país. *Ergo* la visita chupa del país, después de que se ha puesto el sol en la casa de doña Rita. La estanquillera vende rapé; doña Ambrosia se lo compraba; pero dejó el vicio atribuyendo al rapé una enfermedad que la privó de las narices, y regaló su caja a un compadre que después ha aparecido también desnarigado: *ergo* el mal no se encuentra en el polvo, sino en la caja de doña Ambrosia.

El tipo de las estanquilleras es la vecina del señor litógrafo; ayer cuando fue nuestro amigo a retratarla y yo a tomar notas para hacer su biografía, acababa de cerrar su casa de comercio, y pudo descansadamente favorecernos con sus interesantes confidencias; no hubo palabra de verdad en todo lo que nos dijo. Era la virtud colocada en un estanquillo; abominaba el amor como un delito; se encontraba resignada en su miseria; el mundo pasaba como un fantasma ante sus ojos, no concebía cómo la maledicencia puede ser una fuente de placeres; pero he aquí que repentinamente un imprudente gato salió de debajo del mostrador, arrastrando una bota y un calcetín que, después de jugar con ellos, abandonó por perseguir una rata. Ruborizóse la estanquillera, sonrióse el litógrafo, y yo sin malicia ninguna apunté en mi cartera: "La señora estanquillera usa botas y calcetines." La heroína con indiscreta curiosidad leyó lo que yo

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

había escrito, y juzgándolo un sarcasmo, hizo su apología en las siguientes textuales palabras:

"¡Soy muy desgraciada!, a pesar de mi virtud, con frecuencia aparezco como culpable, no porque mis acciones dejen de ser inocentes, sino porque el mundo interpreta como malo todo lo que observa en las jóvenes, que se separe un tanto lo que esperaba encontrar en ellas. Estas botas me han causado muchas veces amargas escenas; nadie las ve sin condenarme; ¿me será preciso escribir en ellas su historia?

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,

dulces y alegres cuando Dios quería!

"Estas botas pertenecieron a mi padre, veterano de la Independencia, y lo único que me ha dejado en su testamento fueron estas botas y su gloria. Pero doña Petra que por mi desgracia las vio, asegura que pertenecen no sé a cuál de los señores oficiales que acostumbran concurrir al estanquillo; ¡infame calumnia! y, ¿contra quién se dirige?, contra mí que nunca he pensado mal ni hablado en mengua de persona alguna. Y, ¿quién se atreve a deshonrarme tan impíamente? ¡Doña Petra! ¿Sabéis quién es doña Petra? Figuraos una vieja con peluca sobre la frente y carmín sobre las mejillas, y que tiene interpolados sus dientes con los ajenos; pues ésa es doña Petra. ¿Sabéis que hay viejas que buscan a precio de oro un mentecato que se atreva a acariciarlas? Pues de ésas es doña Petra. Se ha hablado de una vieja que prostituyó a su hija por librarse de una rival peligrosa; pues esa vieja era doña Petra. Púdraseme la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

lengua primero que yo me ocupe de su vida privada: ¿por qué se interpreta tan inicuamente la mía? Sufriera yo con paciencia tan viles hablillas si no las repitieran en coro los ecos de toda murmuración, es decir, esa jorobada de Agapita, cuya virginidad es como la lotería de san Carlos, que cada mes celebra un sorteo y tiene algún afortunado que se la saque; y esa recién aparecida de doña Julia que se nos vende por esposa de un abogado, cuando es público y notorio que sus maridos, como el papel sellado, sólo tienen un valor durante un bienio; y agregan ustedes a ésas, la fatua de Ruperta encaprichada en que su tápalo es el único en la población, cuando no puede aspirar a ese privilegio sino en esa casa.

"Una envidia sin fundamento es la causa del odio que me tienen las damiselas mis vecinas, que se figuran como un robo de amantes el placer con que concurren mil jóvenes al estanquillo, donde suelen en dulce y animada conversación olvidarse de mis gratuitas rivales, si alguna vez han pensado en ellas; esto es bastante para que me pinten como un monstruo de corrupción. Un colegial se dejó aquí por descuido un libro poco honesto, y la beata Severa que lo vio, afirma que en esa lectura yo encuentro mil delicias; siendo así que yo leo tan mal que con frecuencia doy cigarros de a trece por de a diez, y un pliego del sello quinto por uno del primero. ¿Estreno una bata? Se dice que los concurrentes del estanquillo me la han pagado a prorrata; cuando sabe Dios que me ha costado muchas desveladas en la costura, pues yo puedo, como aquella criada que pinta Sor Juana Inés de la Cruz, con mucha verdad:"

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El dolor más importuno
que da amor en sus ensayos,
es tener doce lacayos
sin regalarme ninguno,
y tener perpetuo ayuno,
cuando estar harta debiera,
esperando costurera
los alivios del dedal.

Esta palabrería insustancial me tenía estático; yo soy un profesor de idiomas y en las guías de la conversación estoy acostumbrado a ver que en México y en Washington, en París y en Roma, en San Petersburgo y en Viena, son frases vacías, fórmulas inútiles lo que constituye las relaciones que por medio de lenguaje sostenemos con toda clase de personas; no son más filosóficos los diálogos que sostienen las parleras avecillas; pero yo prefiero la charla de las mujeres y de los pájaros, sin entenderles una palabra, a la variada conversación que nos enseñan las tales guías en veinte o más idiomas cultos, sean antiguos o modernos.

¿Quién, por otra parte, no se conmueve a la vista de esa joven delicada que en un mar de seducciones se encuentra expuesta a un naufragio, menos por la violencia de una pasión que por la debilidad de la miseria? Ella puede salir del estanquillo en landó para habitar una casa magnífica, y envanecerse con el nombre de esposa que reciba de un hacendado; pero también si tiene un fruto de amores furtivos, sus irritados protectores la declaran en bancarrota. No le faltan otros peligros que puedan arrastrarla a una segura ruina, pues si se le antoja vender cigarros suyos

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mezclados con los del estanco; si fía billetes a personas informales en su pago, si recibe moneda falsa en vez de procurar darla en lo vuelto a los marchantes; si se descuida, en fin, con el cajón de las monedas; en todos estos casos y en otros muchos, el estanquillo será su roca Tarpeya, será su Waterloo; tal vez como las vestales que dejaban apagar el fuego sagrado, se verá en la cárcel enterrada viva.

Mientras estas reflexiones me ocupaban, y las trazaba taquigráficamente en mi cartera, el buen litógrafo sobre la hoja de un álbum, formaba un bosquejo de la heroína; ella vio satisfecha, cómo el lápiz reproducía sus puros contornos y sus brillantes miradas; al volver la vista a sus pies, recogió como el pavo su plumaje con disimulado despecho, pero se regocijó notando que el dibujo conservaba la pequeñez y hermosura de aquellas partes de su cuerpo, y no se empeñaba en indicar la suciedad del vestido. Las botas, esas malditas botas, comenzaron a mostrarse sobre el papel, y ella alarmada nos refirió de nuevo que eran una santa reliquia de su adorado padre.

Amargo llanto embargó la dulce voz de la amable estanquillera; yo admiraba mudo y sosegado tanta virtud y tanta desventura; el litógrafo, como amigo íntimo, se acercó a la joven afligida, le estrechó las blancas manos, le enjugó las ardientes lágrimas, y... no pudiendo yo imitarlo, juzgué que mi presencia era un estorbo. ¡Adiós!, le dije a la niña, ¡adiós!, modelo de inocencia, prodigio de hermosura; el cielo es justo y no dudo que premiará algún día esa vida meritoria, después que por un milagro descubra... Aquí llegaba yo cuando palideció la joven como si

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

viera a un aparecido, notando la entrada en el estanquillo de un asistente de carne y hueso, que dijo con calma: "Niña, vengo por las botas de mi teniente." Yo apunté: "Su papá era un teniente."

México, mayo de 1855

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión “Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**”.